Sol Arguedas*

AUTOBIOGRAFIA (II)

Cierro los ojos (es ella quien los cierra). Los aprieta (soy yo quien los aprieta). ¿Es ella o soy yo quien huye la mirada?

El conferenciante sigue hablando. De su boca salen estadísticas, procesos mecánicos y cambios de estructuras económicas en palabras sólidas que se desplazan flotando en el aire. Me interesa lo que el hombre dice y lo escucho con todos mis oídos succionando las palabras. Explica la revolución tecnológica y los cambios profundos que vivimos en nuestros días (¿Quién está cambiando? ¿Soy yo o es ella?). Pienso que... (ella recuerda y me interrumpe). Le digo que... (a ella no le importa). Habla el conferenciante:

La tecnología constituye el cuerpo de unos nuevos sentidos, o, mejor dicho, la tecnología ha creado unos distintos sentidos para el nuevo cuerpo del hombre moderno. Veamos un ejemplo: un camión o un automóvil cubre al chofer como su concha a un molusco y hay un circuito directo entre las partes mecánicas y las reacciones fisiológicas. La mano del hombre instintivamente cambia de lugar la palanca de las velocidades cuando a su conciencia llega la fatiga de la máquina. O la detiene, baja de ella, le abre la boca y le observa la lengua porque algo le duele. La sincronización entre el motor de la máquina y el motor del hombre es perfecta. Y en ese circuito directo no parecieran intervenir para nada el tacto, el olfato, la vista, el oído o el gusto...

Una señora sentada a mi lado, absorta, como yo, oyendo al conferenciante, abre su bolso y saca un pañuelo: un olor sucio, dulce y antiguo se expande. Entonces el recuerdo de otro olor igualmente sucio, dulce y antiguo se conecta de inmediato a mi conciencia presente: (...los caballos se hundían en la alfombra cenagosa. De vez en cuando un mono, milagrosamente silencioso, interrumpía la algazara de los otros y miraba estupefacto desde la penumbra verde. ¡Plof! ¡Plof! se oían las pezuñas en el verano caído: miles de frutas en el suelo. Y de los árboles se desprendían otros frutos distintos abandonando sus nidos, rumbo a un cielo adivinado apenas entre el ramaje tupido. Los caballos se hundían, se hundían. El pantano de anonas podridas llegaba a los estribos. El olor denso de las frutas muertas huía de las pezuñas buscando, como los pájaros, el cielo. Casi intoxicados, luchábamos con todos los músculos para mantenernos fijos en las monturas. Al salir de la penumbra del bosque de anonas, la luz súbita del potrero golpeado a puños por un sol furioso, y el aire adelgazado y limpio, quebraban la resistencia de los más débiles: nosotros los niños. Ese olor, ese olor dulcemente nauseabundo se me quedó para siempre adherido...) El conferenciante prosigue:

¿No han observado ustedes a los fanáticos de la cámara fotográfica o a quienes llevan su grabadora a todas partes? El más hermoso paisaje o los más interesantes ruidos y sonidos parecieran no abrirse paso hacia el registro en el cerebro si no los capta primero la lente o la cinta grabadora. Ojos y oídos parecieran haber perdido el contacto directo, como si estuviese en retirada la biología.

El conferenciante cesa de hablar y empiezo a reflexionar por mi cuenta: Es difícil abrirse a los nuevos tiempos tecnológicos cuando las vivencias huelen y tocan misterios vivos en vez de gasolina y basura de industrias; cuando los primeros pasos se dieron sobre hojas y ramas secas que crujían y no sobre el sordo asfalto de calles que nunca hacen camino...

México, febrero de 1986

* Escritora mexicana, actualmente es profesora de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Ha colaborado en **fem.**